

explicado, pero las hipótesis dejan una puerta suficientemente entreabierta a la más creadora imaginación y a la más fértil fantasía.

¿Dónde está el confin de la tierra? Ya nadie cree en la vieja Tule más allá de la cual acechan terribles y desconocidos monstruos marinos. Cuando William Hope Hodgson escribió —en 1908— su novela (2) pensaba, sin duda, que el "confin de la Tierra" era la frontera entre lo real y lo fantástico, entre la razón y la locura, entre lo conocido y lo ignorado, siempre temible. De nuevo, Irlanda. También una gran construcción, largo tiempo abandonada, rodeada de un exuberante y salvaje jardín envuelto en un amenazador silencio. Pronto el peligro toma forma: de la otra parte (quizá de otra dimensión) llegan horribles bestias y cercan la casa en uno de los sitios más horrendos que recuerda la literatura del género.

Todo mediano conocedor de las novelas de ficción y horror reconocerá este escalofriante asalto como el antecedente del "Soy leyenda" de Richard Matheson, y el final recordará, probablemente, a la "Spirita", de Gautier, o a la "Hermosa vampirizada", de Dumas. No obstante, Hope Hodgson, tan emparentado en su pintura de ambientes con lord Dunsany y Arthur Machen, está considerado, con razón, como uno de los antecedentes más sólidos de Lovecraft y merecedor, por derecho propio, de figurar en el gran ciclo de Cthulhu.

Nos encontramos, pues, ante dos ejemplos de novela de terror y fantasía sin la menor trampa ni cartón. Nada de parapsicología barata ni pretensiones de realidad. La imaginación creativa y un convincente estilo literario como único bagaje para la realización de una obra literaria que en ningún momento pretende ir más allá y que sabe que el lograrlo es más que suficiente.

Y de paso, una llamada de atención a la colección en que están ambas obras, que, por circunstancias que no vienen al caso, se está convirtiendo en una de las primeras series de bolsillo del país. Probablemente va a haber mucho bueno en el futuro. ■ RAMIRO CRISTOBAL.

(2) William Hope Hodgson: La casa en el confin de la Tierra (The house on the borderland). Editorial Bruguera-Libro Amigo. Barcelona, 1978.

Los verdes campos de la dulce Europa

"Tiempo de sombras", la novela de Virgilio Botella Pastor,



antiguo capitán de Intendencia de la Armada y director general de los Servicios Administrativos del Gobierno republicano en el exilio, en un nuevo intento de dar expresión literaria al drama de los exiliados españoles en Europa, una vez consumada la derrota.

Esa "muchedumbre inorgánica... dominada por el pánico", como calificó el general Vicente Rojo al alud humano que empezó a traspasar los Pirineos en la madrugada del 28 de enero de 1939, fue —hay que decirlo una vez más— humillada, menospreciada y expoliada por las autoridades francesas, que cerraron y marginaron a soldados, mujeres y niños, como si se tratara de una chusma peligrosa. Lo primero que los refugiados encontraron en Francia fue desilusión y ultraje. En vez de alojamiento y respeto, hallaron algo que no esperaban: alambradas, campos de concentración, perros, senegaleses con la bayoneta calada y policías que les trataban como si fueran delincuentes.

Durante los primeros días no hubo, en la mayoría de los campos de concentración, ni viveres ni agua potable, y los heridos no recibieron ningún cuidado. Muchos soldados españoles —como atestigua el doctor Joa-

quín d'Harcourt, jefe de Sanidad del Ejército republicano— sufrieron amputaciones innecesarias. El tifus y la disentería se cebaron en las filas de los refugiados. Algunos testimonios calculan que un diez por ciento de ellos murieron en los primeros meses debido a enfermedades provocadas por la falta de condiciones sanitarias. Muchos jefes y oficiales fueron escarneados delante de su tropa. El "vae victis!" de los franceses y el bombardeo de Guernica por los alemanes presagiaban ya lo que sería la hecatombe mundial, a punto de iniciarse.

Los españoles que tuvieron la "suerte" de escapar de las alambradas del Sur de Francia serían utilizados luego como mano de obra o como carne de cañón contra los alemanes. La mayoría de los hechos prisioneros en el frente francés pasarían a los campos de exterminio nazis, de los que muy pocos escaparon con vida.

Este siniestro destino que Europa otorgó a los republicanos vencidos constituye el trasfondo de la acción en "Tiempo de sombras", primera obra de la trilogía que sobre el destierro y la segunda guerra mundial tiene preparada el autor. La novela de Botella Pastor es, ante todo, un testimonio vehemente de

un hombre exiliado que, además, ha querido dejar su huella como escritor.

Francisco Ayala declaró en una ocasión que para el que escribe desde el exilio el pasado es la única materia conocida, experimentada y novelable, lo único capaz de ser transformado literalmente como testimonio. Esta literatura del exilio, exaltada, sincera y fragmentaria, tiene, para el país al que va dirigida, la importancia de una "memoria" colectiva, necesaria de cara a futuras generaciones. "Tiempo de sombras" —pese a su tono melodramático, en exceso filosofante y sincopado, y a la escasa profundidad de algunos caracteres— forma parte de esa novelística "obligatoria" sobre nuestro inmediato pretérito. ■ FERNANDO MARTINEZ LAINEZ.

Tiempo de sombras. V. Botella Pastor. Argos-Vergara.

La majestad del antropófago

Es evidente que la crítica de la sociedad industrial, entendida como algo perenne o al menos a largo plazo, comienza a tener una continuada presencia en determinados medios intelectuales. El "progreso ininterrumpido" tiene limitaciones imbricadas en su propia dinámica. En realidad, toda cultura tecnológica encuentra su techo, el cual se inicia con la autodestrucción, con la devastación del entorno habitable. Mervin Harris, presidente del Departamento de Antropología de la Universidad de Columbia —que alterna sus estudios científicos con amplios vagabundeos por las islas de la costa del Maine—, ha puesto también en duda la continuidad de la sociedad industrial. No trata de entrar en la polémica inagotable de si los beneficios indudables de este tipo de sociedad —seguridad ante las enfermedades, alimentación fácil, ocio tecnificado e institucionalizado— son éticamente aceptables. La pregunta es más esquemática: ¿Son esos discutidos beneficios duraderos?

En una interesante obra (1), Marvin Harris cuestiona todos los aspectos sobresalientes de la sociedad tecnificada. La duda al modelo de sociedad es hábilmente interrelacionada a través de ingeniosos mecanismos como el canibalismo, las religiones de amor y misericordia, el vegetarianismo, el infanticidio o los costos y los beneficios de la producción. El autor se muestra

(1) Marvin Harris: Canibales y reyes, los orígenes de las culturas. Argos Vergara. Barcelona, 1978.